



ALFAGUARA INFANTIL

ALFAGUARA



© 2010, SEBASTIÁN PEDROZO

© De la edición:

2010, Ediciones Santillana, SA

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

© De esta edición:

2014, Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-3788-2

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

Primera edición: septiembre de 2014

Editora: VIRGINIA SANDRO

Ilustraciones: GERARDO FERNÁNDEZ SANTOS

Pedrozo, Sebastián

La piel del miedo / Sebastián Pedrozo ; ilustrado por Gerardo

Fernández Santos. - 1a ed. - Buenos Aires : Santillana, 2014.

180 p. : il. ; 12x20 cm.

ISBN 978-950-46-3788-2

I. Literatura Infantil Uruguaya. I. Fernández Santos,

Gerardo, ilus. II. Título

CDD U863.928 2

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

 **SANTILLANA**

La piel del miedo

Sebastián Pedrozo

Ilustraciones de Gerardo Fernández Santos

ALFAGUARA


El miedo y yo nacimos gemelos.

THOMAS HOBBES



Primera parte



Fobia

Terror en la noche

La que contaré es una historia de terror. ¿Hace falta aclararlo? En estas páginas mostraré criaturas repugnantes y crueles.

Deambulan impunes por esta ciudad, la que oculta muchos misterios, demasiados secretos tan escalofriantes que, probablemente, te harán gritar de miedo si me escuchas hablar de ellos ahora mismo.

En estas calles o dentro de estas casas, para muchos ha llegado hoy la noche en que todo sucede, cuando nadie escapa, cuando todo ocurre.

Por estas tierras practicamos una conocida costumbre: cada 24 de agosto los adultos salen a bailar, se divierten y brindan por un tiempo que pasó. Es la llamada *Noche de la Nostalgia*. En esa fecha la ciudad se vuelve una gran fiesta –o una aparente fiesta–. Primero la gente corre a peluquerías y tiendas de ropa, después los autos están por todas partes, veloces. Todos corren a prepararse para la gran celebración.

Pero hay un detalle que debemos tener en cuenta: en esta jornada invernal, ¿cuántos chicos se quedan en sus casas, solos, desprotegidos, casi olvidados, sin un adulto que vele por ellos?

¿Cuántos?

Bien. Sigamos.

Los padres bailarán alegres, recordando otras épocas. ¡Pobrecitos!, ellos no se imaginan la macabra realidad que vendrá con la madrugada.

Claro, es cierto... Todos merecen un poco de diversión.

Pero, insisto, la cuestión es: ¿cuántos chicos están solos en sus casas mientras los grandes se aturden?

Muchos, demasiados. Ustedes lo saben.

Hay tantas víctimas para elegir, tantas casas sin personas mayores que las cuiden. Un verdadero festín para la maldad.

Cuando se celebra la famosa *Noche de la Nostalgia*, la sangre se derrama sobre las heladas paredes de los barrios oscuros, solitarios, olvidados. Los gritos de horror y desesperación son tapados por la estridente música, que suena más alto que nunca.

*Mi nombre es Poe.
Hoy habrá venganza. La noche es perfecta.
Tanto tiempo escondido, esperando el momento,
agazapado entre tinieblas.
Buscando, hurgando en los cuerpos secos, muertos.
Ahora sabrán de mí.
Ya no tienen escapatoria.*

Los pasajeros del horror

En la parte de atrás de la camioneta van dos niños.

Están atados a sus respectivos lugares por unas gruesas correas de cuero. No pueden escapar. Han dejado de patear. Saben que es inútil, que si se mueven recibirán un débil –pero efectivo– choque eléctrico. En cada asiento hay una plancha de metal conectada a una batería. Han sufrido la descarga en el trasero. Además, si gritaran, si cometieran esa tontería, nadie los podría escuchar ni ver a través de los vidrios polarizados. Sin embargo, ellos pueden observar cómo la gente corre a prepararse para la esperada noche, la gran fiesta.

Caótica locura se respira en la ciudad: los autos que van y vienen, las paradas de ómnibus llenas de personas, los *shoppings* repletos, los taxis con más viajes que en todo el resto del año.

Mientras tanto, los pasajeros de la camioneta del terror miran hacia fuera, impotentes.

Ha comenzado a llover; esas gotas finitas que caen los días en que el frío parece morder la piel.

Arriban a un callejón. El motor se detiene, se apagan las luces. Dentro del vehículo el calor pesa, no se ha filtrado el aroma de la lluvia. Comienza a faltar el oxígeno.

Uno de los chicos, rubio y de lentes, cree conocer ese lugar, mas es tan solo una impresión.

Se inclina hacia delante en su asiento para decir algo. Pero se arrepiente.

De pronto, el conductor de la camioneta, un misterioso personaje de gorro negro de lana, se da vuelta y grita.

—¡Quietos! ¿Acaso no saben qué es lo que les espera? Deberían estar suplicando por sus vidas...

Nadie responde.

—Los voy a despellejar poco a poco —amenaza—. Sí, sí... voy a impedir que sigan leyendo esos malditos libros.

Los rostros de los niños se contraen del susto. ¿De qué libros está hablando aquel demente?

La niña, sentada al fondo, gimotea.

—No..., no, por favor, señor.

El conductor la mira con una mueca parecida a una sonrisa. El lamento de la niña lo estimula. Lo disfruta. Siente placer por el miedo ajeno.

—Aunque, pensándolo bien —continúa—, quizá se me ocurra algo peor para el resto de la noche. ¡Yo sé a qué le temen ustedes! ¡Y van a sufrirlo esta noche! —brama, lanzando una grotesca risotada—. Ya no podrán leer a ese impostor de cuarta.

—¿De qué está hablando? —suelta el rubio—. No entendemos nada, usted está loco, no puede andar por ahí secuestrando niños.

—Pronto van a entenderlo todo, cada secreto será revelado antes de que salga el sol. Además, qué culpa tengo yo de que sus padres los hayan dejado solos. Fue tan fácil sacarlos de sus casas... Lo lamento mucho, es un mundo cruel. ¡Ja, ja, ja!

Hace una pausa. Luego de resoplar, agrega:

—Ahora voy a hacer una llamada.

Sale y habla un rato por el teléfono celular.

Los pasajeros no pueden escuchar la conversación desde el interior del coche.

—Moloko, ¿está todo preparado? —murmura el sujeto, todavía en la calle—. ¿Ya están ahí? Hum, bien, bien.

Luego corta y, al cerrar la puerta del vehículo, profiere:

—¡Vámonos, me queda por sacar un último par de niños imbéciles de sus camas calentitas!

Ahora sí, la niña del fondo se larga a llorar con todas sus fuerzas.

Entonces el hombre enciende el motor.

Lucio y las leyendas de Tony Vedder

A salvo del frío y la lluvia, Lucio lee en su cama.

Sus padres han salido favorecidos con una cena en un boliche para esa noche, sorteada por la revista del cable.

Un día recibieron una llamada:

“Ustedes han ganado el premio especial”, les dijeron en un mensaje que parecía grabado. “Cena *show*, todo pago”.

Las gotitas golpetean al caer sobre el cristal de la ventana.

Lucio está concentrado en un episodio muy interesante del libro. A pesar de que ya le duelen los ojos, no puede abandonar la lectura. Si bien le inquietan bastante las leyendas urbanas, ¡cómo disfruta de aquellas historias de terror! Ha llegado al momento en que el famoso escritor y cazador de monstruos, Tony Vedder, cuenta la batalla que libró contra unos terribles *zombies*.

—¡Este Vedder es un genio! —les escribió Lucio a sus amigos del *chat*.

Incluso ha creado un *blog* en su honor:

FanaticosdelasleyendasdeVedder.blogspot.com

Ahora volvamos al cuarto, la noche y la lluvia.

Entonces se escucha un ruido dentro del ropero.

Algo golpea el fondo de madera.

“Debe ser la campera, siempre se cae de la percha...”, se quiere convencer Lucio.

Sin embargo, sentado en la cama se queda esperando. No sabe bien qué, pero permanece inmóvil, con la mirada clavada en el ropero.

A lo lejos, los autos hunden sus ruedas en los charcos de la calle.

Otra vez ruido. Un sonido extraño dentro del mueble.

Lucio trata de no perder la calma. Podría ser su gato, Bigote. Sí, tiene que ser él. Siempre anda por ahí, husmeando en los lugares más insospechados.

Decide que lo mejor es sacarse la duda de una buena vez. Se levanta, se calza sus zapatillas y va hacia el ropero.

Estira su mano hasta la puerta y respira hondo. De improvisto se sorprende al darse cuenta de que está temblando. Los nervios, además de acelerar la respiración, aflojan las rodillas. ¿O simplemente son los efectos del frío? Si alguien lo viera en esta situación...

Un niño, en pijama, temiendo encontrar algo en la oscuridad de un armario viejo.

Lo abre.

A simple vista no hay nada que llame la atención. Tan solo ropa colgada de las perchas y mantas apretujadas por doquier. Ahora la cuestión es meter la mano y revolver aquellas frazadas. Si hubiera algo allí, se podría haber escondido en cualquier rincón.

Lucio recuerda que su madre, hace apenas unos días, se negó a ordenar aquel sitio. “Parece que explotó algo ahí dentro”, le había comentado a su padre, agarrándose la cabeza.

Ambos adultos estaban de acuerdo: ya él cursaba segundo de liceo, es decir, era todo un adolescente. Tenía que empezar a madurar. En definitiva, ya era hora de ordenar su cuarto (y su ropero) por su cuenta, y sin que se lo pidieran un millón de veces.

Siente un aroma rancio, a humedad, quizá. No sabe identificar bien de qué se trata. De lo que sí está seguro es de que nunca ha olido tan mal su ropa. Piensa en un animal muerto, putrefacto, en un ángulo oscuro. Eso le repugna. Se imagina a su querido gato Bigote repleto de gusanos blancuzcos y movedizos, que se alimentan de su carne, de sus ojos secos, sin expresión.

Lucio suspira. ¿Por qué se empeña en pensar en esas cosas desagradables? No puede evitarlo. Siempre le pasa lo mismo.

Entonces lo escuchó.

Primero llegó como un débil chillido. Un sonido muy agudo, casi imperceptible. Pero allí estaba. Se le erizó la piel. Retrocedió. Sin darle la espalda al ropero llegó hasta la cama.

El chirrido, estridente, metálico, se hizo más intenso. Venía del interior profundo y atiborrado del añoso mueble.

Justo en ese momento la luz se apagó.

“Corte de energía”, pensó Lucio.

Miró hacia la ventana. En el barrio había luz en todas partes, las calles iluminaban la lluvia oblicua. Tan solo su casa estaba a oscuras. En pocos segundos sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Podía descifrar las macabras sombras en las paredes y el techo. Como

si alguien, con un proyector, lanzara imágenes horribles a través de la ventana.

—¡Abuelaaaaaa! —gritó.

Ella estaba en la planta baja. Miraba un programa de tele con Sebastián, el hermano menor de Lucio. Estaba ahí, como siempre que hacía falta, para cuidarlos.

—¡Abuelaaaaaa... ¿estás ahí?! —probó de nuevo.

Silencio.

Permaneció estático. Miró el ropero. Con su puerta doble abierta de par en par, parecía la boca desdentada de un gigante que hubiera metido la cabeza en su cuarto, listo para devorarse los muebles, la alfombra, los *posters* de los Jonas Brothers y los afiches con las tapas de los libros de Tony Vedder.

Lucio comenzaba a enojarse consigo mismo. ¿No podía dejar de imaginarse ese tipo de escenas de miedo?

“Una boca oscura y enorme, que quería devorarse a Lucio y luego escupir sus huesos en la alfombra”.

No. No podía.

—¡Abuela...! ¿Abuelaaa? —insistió.

Lo único que se escuchaba era el sonido metálico. Un poco más alto el volumen y ya no podría soportarlo.

Era imposible que su abuela Alicia y su hermano no lo oyeran gritar. Ella se mantenía siempre atenta a cada detalle. Cualquier niño estaba bien cuidado cuando quedaba a su cargo.

No podía esperar un minuto más. Iba a ver qué pasaba.

Llegó hasta la puerta y quiso hacer girar el pestillo. Estaba cerrada. Forcejeó y no logró abrirla. Estaba atrapado. Prisionero en su propio cuarto.

—¿Pero qué...? ¿Cómo puede ser?

Iba a gritar una vez más. Ya pensaba en saltar por la ventana. A pesar del peligro que esto implicaba (la caída podía costarle varios huesos rotos), era una posibilidad que estaba manejando.

Cuando se ponía la campera, sintió que algo le rozaba la pierna.

Fue apenas una fracción de segundo, pero lo sintió.

Miró hacia el ropero: con el reflejo proveniente de la ventana llegó a notar que las mantas caían en cascada, como si de allí hubiese salido algo.

Algo que seguramente andaba por el cuarto, amparado en el cobijo de las sombras.

—¿Bigote?

Lucio sabía perfectamente que no era su gato.

Ahora el chirrido llegaba desde abajo de la cama.

Tenía que verlo, saber qué era aquello que lo había tocado.

De repente, el viento y la lluvia se volvieron más intensos. Las ramas de los árboles se doblaban, flameaban como banderas desflecadas que acariciaban la ventana.

Se detuvo frente a la cama. Levantó el borde del acolchado.

El chirrido se hizo insoportable.

Se arrodilló. Y cuando miró hacia la oscuridad, algo le saltó directamente a la cara.